

MENCIÓN CONCURSO DE ESTUDIANTES "DR. JORGE ROSA"

# COMPLEJO DE CASTRACIÓN Y SEXUALIDAD COMO EJES DE LA ESCUCHA PSICOANALÍTICA

MENÇÃO CONCURSO DE ESTUDANTES "DR. JORGE ROSA"

# COMPLEXO DE CASTRAÇÃO E SEXUALIDADE COMO EIXO DA ESCUTA PSICANALÍTICA

Luis Henrique  
de Oliveira Daló  
(SEDES)

**Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article**

de Oliveira Daló L. (2021) COMPLEJO DE CASTRACIÓN  
Y SEXUALIDAD COMO EJES DE LA ESCUCHA PSICOANALÍTICA  
Intercambio Psicoanalítico 12 (2),  
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

# COMPLEJO DE CASTRACIÓN Y SEXUALIDAD COMO EJES DE LA ESCUCHA PSICOANALÍTICA

— UN RECORTE CLÍNICO Y UNA REFLEXIÓN —

Luis Henrique  
de Oliveira Daló (SEDES)

## **Tulio: niño/lengua pintada / El padre como secreto**

Cuando veo a Tulio por primera vez, reconozco inmediatamente una de las quejas de la madre cuando vino a verme: sin ser directa, expresó su preocupación por la sexualidad de su hijo, que entonces tenía seis años; le molestaban los rastros de homosexualidad que otras personas señalaban y que ella también notaba. Sin embargo, no veo al niño con los "modales de niña" anunciados en esa conversación anterior, sino más bien una mezcla bastante extraña: habla de bebé con formas estereotipadas de gestos de mamá. Frases como "¿Tú qué?", o "¡Tú no puedes decir eso!", me decía con la mano en la cintura y la cadera medio de lado. Algo que "tú no podías", nodal en este trabajo, se convierte gradualmente en poder, pero se convierte en nuestro secreto - la primera zona abierta fuera de la madre. Este es un gran descubrimiento: en el espacio analítico, Tulio podía decir palabrotas, es decir, palabras infantiles que marcan la diferencia sexual, en particular este par: pinto-periquita. Se asegura que el tema puede surgir, y entonces divide todo en estas dos categorías: pinto y periquita. Coge la caja de lápices de colores y alterna una tiza para cada lado: pollito-periquito-pollito-periquito. Los animales también se ordenan según esta lógica, que lo rige todo.

A la hora de jugar, elige a los que llama "niñas" (animalitos que parecen madres con bebés). Entonces, las líneas se convierten en un cúmulo de finos gritos estridentes, y el movimiento es intenso; parece haber un gran amago de fusión entre esos personajes, pero, al mismo tiempo, alguna fuerza centrífuga provoca la salida accidental de una de las "chicas" que componen ese caldo. Esto provoca más y más excitación, y todos van en busca de rescatar a la extraviada, sacándola de una situación que es invariablemente de peligro.

La muerte del padre de Tulio, cuando estaba a punto de cumplir un año, fue un tema apenas mencionado en la primera entrevista con su madre. Le habían disparado en una pelea de bar. Mi impresión en ese primer momento fue que no debía forzar la cuestión que la madre claramente evitaba. Aun así, se me ocurrió la idea de que el niño tendría que mantenerse en secreto, como si un hombre estuviera destinado a repetir a su padre.

A medida que avanzaban las sesiones, sentía una creciente necesidad de saber más sobre el padre de Tulio. La primera impresión, de cierta superficialidad en la relación padre-hijo, empezó a sonarme extraña. Fue en una segunda sesión con la madre cuando pudimos hablar de la presencia del padre en la vida de Tulio, que efectivamente había sido muy intensa. Segundo hijo, el primer niño, Tulio había sido un gran amor de su padre.

El impacto de esta muerte en la familia ha creado una situación: madre e hijos son ahora una masa uniforme, de la que ninguno de los tres puede desprenderse, diferenciarse, a riesgo de que todos se derrumben. En la sala de espera, veo a los tres sentados uno al lado del otro, muy cerca, dejando un gran espacio libre en el resto del sofá: la madre en el centro, donde a un lado está pegada la niña recién pubescente y bastante obesa, y al otro, Tulio, que siempre mira a su madre cuando lo llamo a la sesión.

Una expresión concreta de la nueva composición familiar es un muro construido tras la muerte del padre, que separa su residencia de la casa del abuelo paterno, que antes vivían juntos; desde entonces, el abuelo, ahora vecino, ya no participa en sus vidas. Tulio vive entonces rodeado de primas que derrochan accesorios y largas melenas femeninas, experiencias glamorosas y estéticas de las que él está excluido. Las chicas, con sus accesorios, viven en un mundo muy interesante. Ser un niño es, pues, estar privado del falo, estar castrado.

A una primera serie de dibujos de niñas con vestidos y cabellos voluminosos, le sigue otra, donde se retrata el encuentro pinto-periquita (F.1, F.2, F.3).

El tiempo de los dibujos de "Pinto-periquita" se intercala con bromas en las que se establece un momento caótico y se pierde el habla, metamorfoseada en gritos. En una de las situaciones creadas (con muñecos de la familia), en el baño, el bebé se cae por el inodoro. ¡¡¡¡¡Oooooohhhhhhhhhhh...!!!! ¡¡¡¡¡Aaahhhhhhhhhhh.....!!!! Los gritos se entremezclan, hasta que el padre lanza su pito, donde el bebé se agarra y se salva de irse por el desagüe. El pito empieza a figurar un poder que Tulio no tiene.

Con una marioneta de león, quiere jugar a tomar la mía. Una situación embarazosa. Evidentemente, no permito el acto físico, pero dejo que se produzca el juego.

A veces sorprendo al león: "No te dejaré agarrarlo... ¡No quiero estar sin mi pito! Es muy importante para mí".

Otras veces, intento otro enfoque, en el que permito el acto de introyección del objeto que Tulio siente que le falta. El león lo toma y se lo come. "Mmmmmmm... delicioso".

Un dibujo de este momento, realizado por partes, cuenta la historia de una castración (F.4).

La mujer del centro es la primera en ser dibujada, tiene una gran melena y un micrófono en la mano. Los fuertes arañazos son cortes en su pelo. El dibujo de la izquierda es el siguiente. Su posición subjetiva me parece que está retratada ahí: el niño como una niña con el pelo corto y violentamente cortado. En ese momento tiene el pito expuesto y llora. A continuación, se dibuja un gran pito entre las dos primeras figuras, y luego otras dos, en la esquina inferior derecha de la hoja, que luego se transforman en rostros.

Este niño sin pelo reaparece en otros dibujos, ahora sin pito aparente, pero lamiendo el de un adulto. (F.5, F.6) La perlaboración del "niño-sin-pelo", tiempo de introyección del padre-pito, está impregnada de un juego caótico en el que la familia de muñecos se lanza hacia arriba. Los gritos de Tulio acompañan el ritmo de dispersión y reencuentro de los personajes. Hasta que se inventa un juego del escondite en el que un personaje busca al otro, cuando empiezan a nombrarse ("¿Dónde está mi marido?"; "¿Dónde está mi hijo? ¿Está por aquí?").

Tulio empieza a esconderse para que lo busque. Aunque la habitación no ofrece muchas opciones para esconderse, varias sesiones se llenan de este juego, en el que le reconozco por partes: "Veo una mano... un brazo... un ojito...". ¡He encontrado un niño!" En un momento de este juego, añade una especie de celebración al éxtasis de ser encontrado utilizando dos adornos de la habitación: un pequeño tocado y una flauta. Se viste con el cocar y sale de paseo, jugando. Tu **D** tu **D** tu **D** tu **D** tu... (F.7).

El tocado indígena y la flauta parecen proponer una transposición en el juego del escondite, donde ahora lo que se esconde es el pito, a la vez que se revela indirectamente, porque en cada sesión se evidencia su alegría y poder.

El ambiente indígena nos sitúa ahora en una selva, y el juego que se propone entonces es bastante significativo: "¡Juguemos a que tú eres el león y yo el jaguar!" / "¡Pero claro que sé que este jaguar está pintado, porque tiene un pito!"

En esta misma línea interpretativa, y apoyado en este momento de escondite, cuando Tulio termina el dibujo y me lo muestra, digo: "¡Es obvio que es un niño!" (F.8)

### **Breve reflexión: La castración polisémica / En el centro de la existencia, la sexualidad**

El concepto de "castración", podríamos decir, abarca al menos tres "complejos" que se articulan y resignifican entre sí; son el fruto de tres "heridas narcisistas" que fundan al sujeto y le imponen exigencias extremas de trabajo psíquico.

Desde un punto de vista que supone una secuencia lógica, tenemos: (1) La alteridad, que, concomitantemente con la percepción de incompletud, pone en jaque la fantasía de omnipotencia; (2) el reparto de los sexos, que implica situarse como un ser sexualmente limitado; (3) la mortalidad, que exige enfrentarse a la propia finitud.

Es plausible que nuestra atención se dirija a la fuerza de atracción que la segunda "herida" ejerce sobre las otras dos en la teoría freudiana -y psicoanalítica-. Ya sea por una vía de simbolización retroactiva, o por dar figurabilidad a lo que no podría tener forma, vemos que el término complejo de castración -que al principio nombra los efectos psíquicos de la realización de la diferencia sexual- sirve también para nombrar los efectos de la realización de la separación del yo del otro, así como los

efectos de la percepción de la finitud de la existencia individual. No se nos ocurre inventar algún “complejo de separación”, o algún “complejo de muerte”, que conglomere a los demás.

Esto nos lleva a una cuestión más amplia, que se refiere a la centralidad de la sexualidad en la existencia, según el punto de vista psicoanalítico: si en el psicoanálisis lo sexual trasciende lo genital, ¿cómo definir entonces lo que deja de ser sexual? ¿Y por qué aferrarse a la consideración de un complejo de “castración” o a la escucha de la propia sexualidad en la regencia de los síntomas?

Precisamente para rescatar el lugar nuclear de la sexualidad en el Psicoanálisis, Green (1995) sostiene que su experiencia con los que llamó “pacientes fronterizos”, o con pacientes que padecen perturbaciones narcisistas, lo lleva a un retorno radical al núcleo de la cuestión freudiana, a la centralidad de la sexualidad en lo que respecta a la vida psíquica. Afirma, por tanto, que ya no defiende “que las fijaciones edípicas y genitales no intervengan en el proceso que provoca el cuadro patológico”. Por el contrario, concluye que

toda estructura sintomática en la que la sexualidad parecía desempeñar un papel contingente, o aparentemente sin importancia, actuaba como si los otros aspectos, no abiertamente genitales, estuvieran destinados a proteger y ocultar el núcleo de la patología. De hecho, las fijaciones sexuales y genitales eran como el centro de una cebolla, cubierto por muchas capas, como el secreto que el paciente tiene que guardar en la mayor privacidad (p. 228).

Merleau-Ponty (1999/1945), en su libro *Fenomenología de la percepción*, propone relevantes reflexiones que ventilan estas cuestiones. Allí hay un capítulo - “El cuerpo como ser sexualizado”- dedicado en gran parte a la cuestión de la delimitación del campo de la sexualidad en el de la existencia subjetiva. Este autor realiza una lectura crítica del concepto de sexualidad desde el Psicoanálisis, buscando una articulación con su propuesta fenomenológica de retorno a lo sensible. Al principio, recuerda que

en el propio Freud, lo sexual no es lo genital, la vida sexual no es un simple efecto de procesos de los que los órganos sexuales son el locus, la libido no es un instinto, es decir, una actividad naturalmente orientada hacia fines determinados, es el poder general que tiene el sujeto psicofísico de adherirse a diferentes ambientes, de fijarse por diferentes experiencias, de adquirir estructuras de conducta. (p.219)

La vida sexual, así considerada, conduce a la formulación de que “es la sexualidad la que hace que el hombre tenga una historia”, pero la cuestión que se plantea no es tanto la de saber si la vida humana se apoya o no en la sexualidad, sino en lo que se entiende por sexualidad. El psicoanálisis representa un doble movimiento de pensamiento: por un lado, insiste en la infraestructura sexual de la vida; por otro, “amplía” la noción de sexualidad hasta integrar en ella toda la existencia. (p.219)

En cuanto a este problema, M.-Ponty (1999/1945) considera que “o bien las palabras no tienen sentido, o bien la vida sexual designa un sector de nuestra vida que tiene relaciones particulares con la existencia del sexo. No se trata de diluir la sexualidad en la existencia” (p.220). Propone una forma de abordar esta cuestión a partir de la teoría de la Forma, según la cual “el más mínimo dato sensible sólo se presenta integrado en una configuración y ya ‘puesto en forma’” (p.220). La vista o el oído, por ejemplo, no pueden considerarse aislados de los demás sentidos y, más ampliamente, de la propia historia subjetiva, el lugar en el tiempo y el espacio de ese cuerpo sensible. Pero, aun así, “esto no impide (...) que las palabras ‘ver’ y ‘oír’ tengan un significado” (p.220). También la sexualidad vendría a ser considerada -y aquí se amplía- integrada a la configuración de la vida subjetiva, como una figura articulada a un fondo, siendo éste la existencia misma, que también está ligada a todos los demás aspectos que la componen. Así, desde este punto de vista, la cebolla propuesta por Green (1995), tendría sus cáscaras articuladas de tal manera a su centro secreto, que no tendrían una forma que no estuviera relacionada con su existencia. Los reflejos de la existencia de la sexualidad podrían entonces encontrarse en todos los aspectos de la vida, y no sólo en la esfera de la genitalidad. Basándose en esto, M.-Ponty (1999/1945) afirma que La sexualidad no está trascendida de la vida humana, ni figura en su centro mediante representaciones inconscientes. Está constantemente ahí, como una atmósfera. (p.232). Así considerada, es decir, como una atmósfera ambigua, la sexualidad es coextensiva con la vida [que es imposible buscar en la forma de la sexualidad la explicación de la forma de la existencia. Queda que esta existencia es la reanudación y explicitación de una situación sexual, y que, por tanto, siempre tiene al menos un doble sentido (p.233).

En este sentido, que desde mi punto de vista impregna la escucha clínica, no importa que la sexualidad se sitúe o no en el centro de la existencia, sino que mantenga sus ecos en toda ella.

ANEXO / Dibujos de Tulio



F.1 - Dibujo "Pito-periquita" 1



F.2 - Dibujo "Pito-periquita" 2



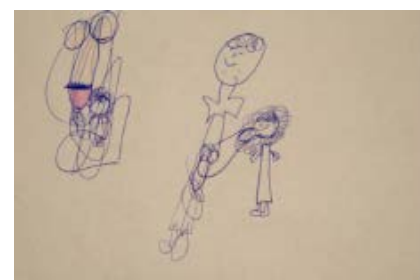
F.3 - Dibujo "Pito-periquita" 3



F.4 - Dibujo "Niño-sin-cabellos" 1



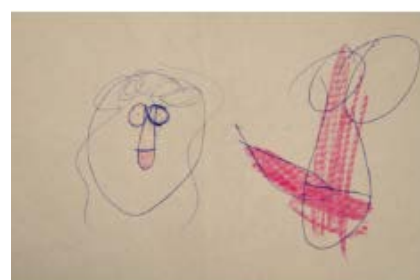
F.5 - Dibujo "Niño sin cabellos" 2



F.6 - Dibujo "Niño sin cabellos" 3



F.7 - Dibujo "Indio-tocado-flauta"



F.8 - Dibujo "Está-la-cara"

Referencias bibliográficas

GREEN, A. (1995) ¿Tiene la sexualidad algo que ver con el psicoanálisis? En: Annual Book of Psychoanalysis, Vol. I, 1995, p.217-230.

\_\_\_\_\_. (2002) Pour Introduire la Pensée Clinique. En: La Pensée Clinique. París: Odile Jacob, 2002. p. 9-34.

LACAN, J. Edipo y Moisés y el Padre de la Horda. En: El otro lado del psicoanálisis. Traducción de Ari Hoitman. Río de Janeiro: Jorge Zahar, 1992. p. 95-110. (El Seminario, libro 17, 1969-1970).

M.-PONTY, M. (2001) El niño visto por el adulto. En: Psicologia e Pedagogia da Criança. Traducido por Ivone C. Benedetti. São Paulo: Martins Fontes, 2006, p. 83-164. \_\_\_\_\_. (1945) El cuerpo como ser sexuado. En: Fenomenología de la percepción. Traducción: Carlos Alberto Ribeiro de Moura. São Paulo: Martins Fontes, 1999, p. 213-236